

Crónica de relación con Dios/Borges

2 de septiembre de 1979

En estos días de su ochenta aniversario, diarios y revistas, radios y T.V. rebosan de bienintencionados admiradores las más de las veces invictos de su lectura y, otras pocas, aburridos que arrojan el libro antes de la tercera página. El más admirado de los escritores es el menos leído, como él bien lo sabe. Escritor para lectores (será por eso que se repite lo de escritor para escritores), raza en extinción que él concita y de allí su halago. Todo el quién es quién de la lectura lo lee. No siempre con placer, muchos buscan la trama o la moraleja sin saber que el secreto está, como en la vida, sólo en cada palabra y no en la acumulación. Reportajes macarrónicos que él tolera, ablandado de elogios, homenajes organizados por quienes lo desprecian, alabanzas de los *disminuidores de lo que alaban*. Aun aquellos que lo entrevistan a diario no lo quieren bien: «No es para tanto». Imposible defender un paisaje o un sentimiento. Ahora, tanteando con el maxilar inferior las sílabas que se le escapan, espera como un niño senil el Premio Nobel que no le han de dar, entre otras cosas porque es el más grande de los escritores vivos; un genio ajeno a su genialidad de la que quiere hacernos creer no ser responsable ni entenderla, un maestro del visteo que se pasó con los suecos que no tienen ni esto de humor. Los suecos creen que no le han de dar el Nobel por un problema geopolítico, no saben que no se lo han de dar porque tampoco lo gustan, porque quedan de aquel lado de la poesía, porque lo envidian. Pero Borges es más grande que el Nobel y parece no darse cuenta, porque parece no darse cuenta de casi nada, es su forma gauchesca arrabalera de clavar el puñal, como al descuido y sin enterarse siquiera. Está hecho de la misma sabiduría que Gardel y Perón.

Borges influye y cambia, el idioma gana en ángulos luminosos que alumbran a otras rutas, todos los demás empalidecen a su lado. Es el más grande cuchillero de nuestra

literatura. Destripa poetas y militares, jueces y verdugos y todos le temen y tiemblan a su paso. Ese viejo de ochenta años, que apenas habla y que camina con ayuda, es el hombre fuerte de la Argentina. Sólo con su palabra balbuceante enfrenta a los férreos ejércitos y los hunde en el abismo que construyeron.

Yo también paso embozado a su lado, le temo. Sé que no es un hombre común, es el *formidable de la tierra bostezo*. Quizá todas las teorías sobre el lenguaje que nos han asolado en los últimos años sólo lo tengan a él de protagonista. Quizá sea el único habitante del país donde Chomsky, Derrida, Kristeva, Jacobson, pretenden dictar las normas de tránsito que él inspira con su conducta, normas que por supuesto él no sigue porque las hace. Entonces pretenden endilgárnoslas a nosotros que no vemos ni el paso de cebra por donde atravesar la calzada sin que nos atropelle algún autobús estructuralista. En este tiempo de relaciones nuevas entre las palabras, sólo Borges da ejemplos, reglas y excepciones. Quien lo siga desde niño verá crecer al monstruo. Apenas insinuado en sus primeros libros, nadie creyó en su desarrollo hasta que fue demasiado tarde, pero no hay peligro, ya dijimos que aún hoy se lo juzga como si fuese un escritor más, se lo compara con Dostoyevski y Tolstoi y se pretende que es menor. Ni menor, ni mayor: es otra cosa. Un monstruo que ha preñado a millones.

¿Cuando muera, será Hugo? ¿Se le tirarán al paso los monumentos y los laureles y será el entierro de Duval del cuento de A.R.P.? ¿Allí vendrán los caníbales a destrozarlo para poder sobrevivir? Tardaremos 50 años en asimilarlo. La bestia debe morir. Se odia más a quien más nos ha dado. Pobre Borges, ya es tan grande, que uno solo de sus poros es mayor que todo el universo conocido. Se pasó.

Escrito el día de su muerte

Toda página impresa le pertenece. Hoy todos están dispuestos a creer que Borges escribió: *Aquí, Ramón Collar; Alturas de Machu Pichu; Sóngoro Cosongo; A un olmo seco; Letanías por nuestro Señor Don Quijote; Cien años de soledad; Luces de Bohemia; Canción del esposo soldado; Salmo Pluvial; algún Evangelio Apócrifo; etcétera.*

Cuando trabajó en *Ragnarök* dijo algo así como que si se trata de matar comunistas que tiren la atómica en Vietnam. En los mismos días, este semidiós con forma de hombre declaró no sé qué sobre el olor diferente que exhalaban los negros. Pero ya ven, nunca fue antisemita, es más, le hubiese gustado ser judío, siempre quiso serlo, su vocación de Dios le aconsejaba que no era prudente pretender innovar en eso.

Un dios imprevisible —como suelen serlo— preside nuestro tablado. Si se puede aceptar que ese dios es el nuestro, es que somos seres humanos. Si se puede aceptar que podemos parir un dios, es que somos dioses sin serlo. Con Borges asistimos al nacimiento de un dios: de un dios de las letras, ¿es que acaso hay otro?

Un dios que antes había sido ser humano, de ese ser humano comenzó a salir (se metamorfoseó) un monstruo que finalmente se transformó en Dios. Todo ante nuestra

vida. Todo incomprendible. Los cambios se efectuaron lentamente aunque en una sola vida, claro que en términos divinos fue rapidísimo. De todas maneras nadie atinó a reaccionar, de pronto fue tarde y la gente no se había dado cuenta. Los testigos oculares nunca quisieron creer lo que veían, es que *no podían* creer y en el fondo desconfiaban y aún desconfían.

Nosotros somos los romanos, que inmediatamente después de llorar la muerte de Dios, gritamos con desafuero los goles de Maradona que sí nos parece genial. La entrada de Borges en el arco de la inmortalidad fue gritada en todo el mundo y en tonos tales como nunca va a lograr Maradona. Pero nosotros —fabricantes de dioses— no sabemos por cuál de esos gritos de gol decidirnos. Sería bueno que nos diéramos cuenta de que el problema es exclusivamente nuestro, porque tanto B. como M. no se envidian mutuamente. Ambos saben que no podrían hacer el otro gol.

Borges se salvó de que lo crucificaran, pero estuvo al borde mismo. Desde la izquierda, que proclamó distintas veces la necesidad de fusilarlo en Plaza de Mayo, a la derecha, militar o no, que miraba de reojo y con odio cuando sonaba su nombre, muchos voluntarios hubiera habido para que —como a los padres palotinos* y por mucho menos— le dieran en su cuerpo una lección de humanidad tal como la entiende el hombre desde que el mundo es mundo: matando.

Aquí todavía creen que tener un revólver en la mano es tener un argumento. Les gustan las verdades simples. Se oponen a sí mismos. Cuando tienen hambre se comen un hijo. Las contradicciones, las ambivalencias, los ponen mal. El amor los humilla, tanto como el tratar de comprender. ¿Quién puede darse esos lujos? Es que no pueden acceder al juego. No pueden llamar sangre al vino, vida a la sangre, amor a la vida. Todo lo que sea movimiento los exaspera. Les gusta lo rígido. Lo que no cambia. Lo claro. Lo que se entiende rápidamente. Por eso los matan (a sus hijos). Porque crecen y se transforman y en el crecimiento se contradicen. Entonces los mandan a colegios duros para que se hagan duros (ellos dicen: hombres) y eliminen aquello que un hombre puede lograr: el reconocimiento de su debilidad. Odian a Dios. Por eso se la pasan pidiendo perdón. Porque lo matan todos los días y eso los llena de culpa. Y ese es el milagro de Dios: que ellos lo maten todos los días y El les perdona siempre, ocupado como está aprendiendo lo que supieron los arduos alumnos de Pitágoras.

Al otro día

Borges acontece, sucedé, el país no elige tener a Borges. Tampoco Borges. Es un hecho público. En vez de tener un maremoto lo tuvimos a Borges. Yo me congratulo porque soy —me he ido haciendo— un lector de poesía. Por egoísmo, para sentirme mejor, para regalarme cada vez gozo más con la lectura, con la lectura de poesía, con la lectura de Borges.

* Se refiere a cinco sacerdotes palotinos asesinados por un comando parapolicial en 1976, en Buenos Aires (R).

Lo beneficioso en un lector de Borges es que después de leerlo quizá se le ocurra que no tiene sentido seguir escribiendo. Lo terrible es creer que es fácil y tratar de escribir como él.

Un día se propuso escribir un libro circular. Hace unos pocos me di cuenta de que lo había logrado.

Sus *Obras Completas* figuran, cifran, una novela del universo, del universo que es Borges. Ahora muere como un semidiós; espero que el tiempo obre el milagro de devolvérmolo hombre.

Escribía su envidia por Walt Whitman, se media con él, gustosamente hubiese trocado su destino. Pero en realidad —y éste es otro atributo de los hombres— quería ser Dios. Confesarlo, hubiera sido someterse, por lo menos, al ridículo. Y ya se sabe que después de la befa, vienen los clavos. En cambio, querer ser Walt Whitman podía llegar a ser una debilidad tolerada. Ser el Hacedor, ese que dice: hágase la luz, y agrega: y la luz se hizo. El párrafo tiene tal fuerza que no parece ser la obra de un poeta sino la veraz descripción de un hecho histórico. Lo mismo hace W.W., sólo que en vez de decir: hágase la luz, dice: soy un cosmos. Al querer ser Whitman, quiere ser el que es un cosmos: Dios.

Llegó el descanso. También para él estar todo el día exigido por Borges era demasiado.

Ahora que sé que ha muerto sólo puedo llorar. Si él dijo que Stevenson fue su mejor amigo en la literatura, yo puedo —ya sin pudor— decir que él fue aquél con quien más dialogué, aquel que me despertaba con un soneto que no lo parecía, que me acompañaba hacia la librería, el que a las cuatro de la mañana me hacía reír con Pierre Menard. Nunca le llevé un libro mío, nunca me acerqué a él. Le tuve respeto y miedo. Pero yo sabía que él me daba lo mejor de sí mismo. ¿Y por qué habría de ser, si no porque me quería? Yo era su lector amantísimo. Nadie recibió de él más que yo. Por eso lo lloro. Porque nos queríamos. Y él, al morir, me recuerda que yo también, como el súbdito de Yaquib Almanzur, he de morir como tuvieron que morir las rosas y Borges.

Si se instaurara el culto a Borges, yo sería uno de sus monjes heráldicos. Es que ésa sería la única forma de serle fiel. Me encantaría que se lo deificara. Ahí, en ese altar, yo podría sentarme y leer. Esa sería la forma de creer. De hecho lo estoy haciendo desde hace muchos años. ¿Acaso no me extasíó ante el milagro? ¿Acaso no dudo? Borges ha muerto. ¿Interrumpiremos por eso el diálogo?

Sí, él quería ser Dios. Menudo mérito en un país donde hay tantos que sueñan con ser Jack el Destripador. Como en el film *Casablanca*, intuyo que este final es el otro comienzo de una larga amistad.

Meses más tarde

En *Para las seis cuerdas*, tentado seguramente por Judá León, el «que era rabino en Praga», Borges fabrica un compadrito a partir del nombre. No es inocente cuando escribe: «Señores, yo estoy cantando / lo que se cifra en el nombre». Cifra y nombre son palabras claves para la Cábala. Lo hace «alto y cabal, con el alma comedida, / capaz de no alzar la voz y de jugarse la vida...» y perderla, por supuesto, como quería el doctor Johnson, porque «siempre el coraje es mejor». Pero no lo mata Borges sino que se mata solo y sin arrepentimiento porque nadie puede arrepentirse de «haber sido valiente». Borges, que temblaba ante un pedido del ministro, estaba convencido de que eso es lo que les pasa a los valientes. Pero así es mejor, cree. O quiere que nosotros creamos que cree.

¿Cuáles son los puntos donde se simpatizan los entramados que hacen jugar contiguos en la memoria los nombres de Kafka y Borges, el judío praguense que muere en 1924 y el argentino que en ese momento tiene 25 años? El uno narra el horror del mundo como un matemático que sabe los resultados a priori: los hornos de cremación ya estaban en su prosa, él sabía antes lo que sucedería después.

El argentino se ríe del mundo y no cree en la posibilidad de la alegría. Viene después (como Steiner), pero al horno lo conoce de antes; no se indigna, constata; sabe que así es y que no hay que perder tiempo en lamentarse ni en tratar de producir cambios. El argentino es católico pero no le hubiese disgustado ser judío, en esas situaciones se goza en poner a sus mayores para hacerles sentir el mundo tal como él lo siente, sus mayores le perdonan esas excentricidades y las ponen en la cuenta de su originalidad, Borges habla de Kafka casi desde los años de su muerte, tanto, que una editorial argentina le atribuye la traducción de *La Metamorfosis* aparecida en España en 1925. Ambos ven detrás de la línea del horizonte. Ambos alertan a la raza de los hombres sobre los peligros que acechan y ponen en duda la capacidad de sobrevivencia. Ambos son humanistas que evitan el «amaos los unos a los otros» porque saben que el hombre no sirve para eso. Ambos son los mejores amigos que han tenido esos mismos hombres que tanto al uno como al otro hubiesen fusilado antes de que escribieran una sola línea. Dicen sus canciones a quienes son capaces de recibirlas y actúan sobre quienes los necesitan para seguir confiando en las posibilidades de estos bípedos. La capacidad de oír, la capacidad de escuchar, la capacidad de pensar no son frecuentes. Sí lo son las de imitar, las de descarnar, las de destruir. Borges y Kafka continúan la misma obra que, a pesar de los distintos ángulos en que se sitúan, tiene tantas concordancias. ¡Qué curioso que horrores tan parecidos vengan de las periferias de los imperios, que intentos tan empeñados de llegar al centro de los problemas provengan de lejos de las fábricas de ilusión! ¿Quién, leyéndolos, puede no creer que ambos se comprometieron en la busca de ese espejismo ominoso que es la verdad?

Borges trajo la economía. Probó que no hacen falta palabras sino La palabra. Que no hace falta llenar páginas y páginas para justificar el precio de una publicación que a su vez justifica lo que nos paga. Ventajas del país subdesarrollado que igual no paga o dedica a los escritores menguados espacios en los medios. En los pequeños gustos dominicales Borges está obligado a escribir lo imprescindible.

El desarrollo que implica riqueza atrae a la verbosidad. Un sentido de la inteligencia que logra escribir en diez cuartillas lo que cabe en pocas líneas. Lecturas farragosas y repetitivas que abundan en la capacidad de despliegue de pocas ideas. Incierto el destino de justificar un pago. Vladimiro Maiacovski declaró que lo quebrado de sus versos se debía a que el Estado hiperbolizaba los textos pagándolos por línea. Los países ricos pagan por página y obligan al discurso generoso. Lo sobrante como meta. Un universo donde hay miles de publicaciones esperando notas que serán mejor pagadas mientras menos digan, mientras menos conflictúen a gobiernos de distintos peajes políticos, porque para hacer una carrera de escritor se necesita publicar en 25 países simultáneamente una nota por semana. En elogio de Borges regresemos a la palabra.

Era como Clark Kent, alguien insultaba a un tímido reportero y se las tenía que ver con Superman.

Sin creerse un gran poeta, era nuestro Virgilio.

Siendo débil, era el más fuerte.

Siendo pobre —fue empleado municipal—, tuvo todo el mundo a su servicio.

Sin buscar publicidad, los medios lo acechaban.

Sin haber tenido un hijo, preñó a millones.

En la película *La calle de la paz*, de Chaplin, hay una escena donde Carlitos, vestido de vigilante, le aplica numerosos golpes en la cabeza a Trompifai, el gigante forzado, con el garrote o la varita, como quiera llamarse. En Córdoba, porque somos un tanto elusivos, la llamábamos varita y «el varita» al que la portaba. Lo cierto es que Chaplin le pega con el palo en la cabeza y el grandote parece no darse cuenta. Los otros días ojeaba la crítica literaria de María Luisa Bastos, que abarca el período 1923-1960, y me encontré con montones de garrotazos a Borges que, como en el caso de Anderson Imbert, al ver que a Borges-Trompifai los garrotazos ni los elogios le hacían mella optó, como Carlitos, por hacerse amigos.

Ahora que se ha muerto podemos dar un uso mejor a nuestros industriosos recuerdos de Borges. Recordemos que le impresionó vivamente la lectura de nuestro poema, tanto que luego escribió otro sobre el mismo difícil tema: el amor. Recordemos que nos llamaba cada tanto porque seguramente el sonido de nuestra voz lo tranquilizaba. Recordemos que nos reprochaba cuando no recibía —inmediatamente de aparecido— nuestro libro. Ahora que se ha muerto ya podemos modificar el injusto destino que quiso que no lo hayamos visto nunca.

Héctor Yánover